

Para las Estadísticas, que tanto gustan en nuestros días, somos individuos solo en cuanto susceptibles de ser 'contados': como habitantes, como consumidores, como contribuyentes. Sin embargo, aquella individualidad por la cual ese ser humano-número llega a ser alguien, esto es, un ser indivisible y diferente de los otros, este es un tema que escapa a las estadísticas y que tiene algunas dificultades que suelen llamarse despectivamente 'metafísicas'¹.

La indivisibilidad del ser humano es temporal y esto complica las cosas: tiene que ver con una conciencia que registra, cuenta y une lo que pasa² y se va, permaneciendo ella al menos en un punto, la misma de entonces, como unidad de ser, como individualidad humana, por ejemplo: como la que ayer renegaba de sí y ahora simplemente se acepta tal cual es.

Al levantarse cada día, el individuo sabe que es el mismo que aquel que la noche anterior se soñó en otros lugares y en otros tiempos, y sabe que los recuerdos del sueño pertenecen al sueño y que ahora, al levantarse, debe amarrar los asuntos pendientes del día anterior que hay que cumplir esta mañana.

Ser el mismo en la continuidad del tiempo es algo que normalmente ocurre, pero que a veces no llega a ocurrir. Si lo pensamos más profundamente, poniendo algo de imaginación,

1 'Contados y contables' para una contabilidad. Nosotros -'los metafísicos'- pensamos que el individuo es contable, en el sentido de 'narrable', de 'sujeto de una narración'. De eso se trata, en parte, el tema que quiero exponer.

2 Cabe recordar la idea agustiniana de que el alma mide el tiempo. Cfr. Las Confesiones, Libro XI, BAC. Madrid.

en esta conciencia de la continuidad de 'ser yo mismo' parecen colaborar bastante la solidez y permanencia del mundo circundante. Colabora, por ejemplo, el hecho de que al despertar cada mañana, me encuentre con los mismos objetos que dejé al dormirme, y en la misma disposición; que al salir de la habitación me comunique con las personas que habitualmente me comunico en las mañanas, etc. Imaginemos que 'un genio maligno' (o un torturador) me descompaginare en la noche mientras duermo todos los objetos de mi habitación y me cambiara a todas las personas de mi entorno. Lo menos que terminaría sospechando, como Segismundo, en 'La vida es sueño', es que he perdido el camino hacia la realidad, que no sé cuál es el mundo real ni cuál es mi conciencia verdadera. Quién soy; si sueño o estoy despierto?

Deberíamos aceptar, me parece, que nuestra conciencia cotidiana asegura la continuidad de su propio ser, apoyándose en la regularidad de las cosas, en la consistencia de ellas, en su sustantividad. Es tal solidez externa la que nos permite a veces soñar locuras y volver muy cuerdamente al mundo real.

En resumen, soy un individuo, uno y el mismo, en cuanto mi personalidad no se quiebra ni se hace múltiple e incommunicada con sus partes, viviendo en unidad indivisible las experiencias y contingencias que experimento. Soy la unidad indivisa de mi ser histórico.

Sin embargo, no me he dado a mí mismo esta existencia que soy, aun cuando, debo reconocerlo, soy continua recreación de ella misma en todos mis actos y acciones.

Respecto de lo primero: la existencia de cada ser humano no se la debe a sí mismo sino a una humanidad que lo antecede

3 Humberto Gianni, *La Reflexión Cotidiana*, Ed. Universitaria, Santiago, 2000.

concretamente y a través de la cual se 'ha venido anunciando' cada existencia desde un tiempo no datable, como la forma de una piedra en el río de la historia.

La relación de cada ser humano con la humanidad no es una relación horizontal, como si dijéramos: la humanidad es la totalidad de los seres humanos que hay en el planeta (una tarea para la estadística). No. La relación es vertical⁴. El ser un ser humano real me viene de otros seres humanos. En este sentido, no 'soy hijo de mis obras' sino descendiente de una cadena indefinida de seres humanos que me han antecedido. Pero de esta cadena, de la que soy uno de los últimos eslabones, el misterio es dónde empieza y dónde irá a terminar a través de mi propia vida.

El nacimiento de cualquier individuo, por ejemplo, el mío, (para no involucrarlos a Uds. en algo que tal vez no acepten) fue la actualización, la concreción en el mundo, de un ser meramente posible, de un ser fantasmal, que ha venido navegando, a través de sus antepasados —padres, abuelos, bisabuelos, etc.— de generación en generación.

Si imagino las circunstancias⁵ ligadas a cada encuentro que ha venido posibilitando el nacimiento de cada uno de mis antepasados, debo concluir que cada quien es resultado de una humanidad que se despliega al modo de una historia, de una narración en la que cualquiera de mis antepasados, por infinitas razones externas o voluntarias, pudo faltar a la cita nupcial, y que de haber ocurrido este percance, se habría roto la cadena y con ello, la realidad de su descendiente actual. De lo que se desprende que un acontecimiento absolutamente contingente

4 También es horizontal, pero en un sentido restringido: la humanidad de los seres entre los que vivo.

5 Además, 'las aventuras' de un espermatozoide entre millones para alcanzar y fecundar un óvulo.

del pasado, todo lo remoto que se quiera, es causa necesaria de la presencia actual de un individuo en el mundo.

No sé si llego a expresar el grado de contingencia y de misterio que hay en el hecho de llegar cada cual a alcanzar el nacimiento; el grado de solidaridad retroactiva que hay en el hecho de que un encuentro contingente, fortuito, en absoluto necesario, sea hoy la condición necesaria⁶ para que un sujeto determinado exista. O mirado desde el presente: que esta existencia, mía o tuya, que estuvo siempre a punto de no llegar a ser (contingente), sea a su vez condición necesaria de alguna existencia futura. En otras palabras: que las cosas que un individuo hace hoy libremente lleguen a ser condición necesaria de una existencia futura.

De paso podemos preguntarnos si no es admirable el hecho de encontrarnos accidentalmente en un mismo tiempo histórico y en un mismo lugar del planeta, formando una determinada comunidad humana.

Examinada la afirmación de que no somos principios de nuestra existencia sino consecuencia de una humanidad libre que nos ha venido trayendo a la existencia desde un pasado no datable para nuestra inteligencia, vengamos ahora a un segundo punto: que no solo no somos principio de nuestra existencia. Que además, pese a nuestros continuos arranques de individualismo, no queremos serlo.

Veamos esto paso a paso.

Heidegger ha dicho, con mucha razón a nuestro entender, que la vida humana es esencialmente proyecto⁷. En sus palabras: que cada cual va delante de sí mismo, en vistas de sí mismo.

⁶ Condición necesaria pero no suficiente.

⁷ Lo escribe pro-yecto, esto es, lo que está lanzado delante.

Con todo lo decidora que es esta descripción del existir humano, me resulta incompleta. Y Platón hace muchos siglos ya la había completado, al afirmar que se anhela lo que no se tiene o lo que no se es, y que no obstante, se vislumbra como posibilidad de ser. Juntando ambas perspectivas de la vida humana, habría que decir que a la espalda de toda proyección hay una suerte de retro-yección; una especie de oscura aspiración a ser antes de ser, esto es, a estar fundado en algo más firme que la mera contingencia de 'simplemente haber ocurrido'. O como diría Sartre más desgarradamente: de ser 'una existencia de más', absolutamente injustificada⁸.

La aspiración a ser antes de ser se expresa, por lo general, como una necesidad de ser justificado desde el origen, ya sea por las virtudes heredadas de los dioses tutelares, de los héroes, de los fundadores; ya sea por la dignidad o alcurnia del árbol genealógico, ya sea por el coraje o espíritu libertario del pueblo originario poseedor de la sabiduría y de los secretos de la Tierra, o por la raza de los conquistadores, que ha terminado imponiendo su narración histórica y su ley.

Estos y otros recursos para valorar y justificar la vida que simplemente se nos ha dado, no dejan de faltar como modos de antecederse a sí mismo y evitar concluir que la vida 'a la que hemos sido arrojados' (por los otros) es un sinsentido⁹.

En otros tiempos, la justificación teológica de la vida logró alcanzar un valor firme y universal. Para la concepción judeo-cristiana, por ejemplo, cualquier existencia es un bien, por cuanto querida y amada por el Dios creador de todo cuanto existe. Lo que implica que toda existencia habría sido amada desde la eternidad.

⁸ Jean Paul Sartre, *El ser y la nada*. Losada, Buenos Aires, 1960.

⁹ La expresión 'ser arrojado al mundo' es de Martín Heidegger.

Así, el ser piadoso recibía su vida como un don, como un bien que debía a Dios, deuda que solo era posible satisfacer con 'las buenas obras' y con la fidelidad en la fe. Tal era la deuda de ser que se tenía con la divinidad.

Todavía hoy e independiente de toda intención piadosa se repite que 'hay que ganarse la vida' que se nos ha dado. Y en nuestros días lo que cabe discutir es que haya que ganársela simplemente por el hecho de que nos ha sido dada. Pues nada parece autorizar a que el receptor de ella tenga necesariamente que guardar gratitud alguna por esa vida que se le ha dado. Concedamos que el dar no implica una valoración positiva de lo que se da¹⁰.

La vida que se da no es necesariamente un don porque un don supone un valor agregado al nudo ser biológico que se traspasa.

¿Qué se debiera dar junto a la existencia biológica para que la vida que se da se estimara un don verdadero? Esta, la pregunta ineludible.

Parece innegable que, aun cuando ya no sea tan firme ni universal aquella confianza en haber sido querido(a) por un Dios creador, subsiste una conexión muy próxima y sutil por la que la vida puede aún hoy día experimentarse como un don. En virtud de esta conexión se cumple aún en nuestro tiempo aquella misteriosa aspiración de que hablábamos: la de anteceder a nosotros mismos. Y es esta: toda existencia pretende con una fuerza pre-racional haber sido esperada, haber sido querida allí donde llega. Este es el sentido profundo del rito de iniciación en las culturas primitivas.

En conclusión: nacer es un evento que compromete a toda la sociedad. Y, en virtud de cada nacimiento, una sociedad es

¹⁰ Se puede dar la vida pero también la muerte.

—como lo es el individuo— históricamente indivisible y continua en su identidad. Pero esto significa que desde el momento, llamémoslo así, de la epifanía natalicia, la sociedad empieza a estar en deuda consigo misma: la deuda de convertir un hecho biológico en valor; al individuo numérico, en individuo humano.

El tremendo contraste entre los que heredan los bienes de la tierra y los desamparados, incuba tempranamente la sorda experiencia de la ofensa, y el resentimiento que se desata en 'violencia irracional'.

Por eso, el deber indelegable de una sociedad con conciencia de sí es cuidar que el traspaso biológico de la vida se transforme en don de humanidad. Lo debe a sus integrantes y a sí misma, simplemente porque son las nuevas generaciones las que constituirán la sociedad de mañana. De escabullir ese deber, la sociedad corre el peligro de que mañana, u hoy mismo, no tenga ya oídos para un tema en el que realmente le va la vida.

Y que ni siquiera se percate de que la está perdiendo.